

## 1.6 Nociones de semántica y pragmática

## Estudio de caso Nº 1.6

William Shakespeare, *Julio César*, 1599,  
acto III, escena II (versos 79-113, 174-202 y 215-235),  
traducción de Ángel Luis Pujante.

Bruto ha estado al frente de los conspiradores que acaban de asesinar a Julio César. En la segunda escena del acto III de la obra de Shakespeare, el conspirador se presenta frente al pueblo romano y explica que el objetivo del magnicidio ha sido proteger a Roma de la ambición desmedida de César. Bruto afirma que ha hecho lo ha hecho: "no porque amase menos a César, sino porque amaba más a Roma". Luego agrega que la vida de César sería sinónimo de esclavitud para los romanos y que la muerte de César permite, en cambio, que todos puedan vivir en libertad. Bruto, a quien César ha protegido y querido muy especialmente, explica los sentimientos que confluyen en su alma: "Como César me quiso, yo le lloro; como fue afortunado, yo me alegro; como era valeroso, le honro; pero como era ambicioso, le maté. Haya lágrimas por su afecto, alegría por su fortuna, honra por su valor y muerte por su ambición". Bruto cierra su discurso declarando que está dispuesto a morir si la patria así lo decide. Entonces llega Antonio con el cadáver de César. Bruto se retira, pero antes de hacerlo invita al pueblo a oír el elogio fúnebre que Antonio se dispone a pronunciar.

ANTONIO

- 80 ¡Amigos, romanos, compatriotas! ¡Escuchadme!  
Vengo a enterrar a César, no a elogiarlo.  
El mal que hacen los hombres vive tras su muerte;  
el bien solemos sepultarlo con sus restos.  
Así sea con César. El honorable Bruto  
os ha dicho que César fue ambicioso.
- 85 Si lo fue, tenía un defecto grave  
y lo ha pagado gravemente.  
Con la venia de Bruto y los demás  
(pues Bruto es un hombre de honor,  
como todos ellos, todos hombres de honor),
- 90 vengo a hablar en las exequias de César.  
Era mi amigo, un amigo fiel y leal.  
Pero Bruto dice que César fue ambicioso,  
y Bruto es un hombre de honor.  
César trajo a Roma multitud de prisioneros  
y las arcas del tesoro se llenaban de rescates.
- 95 ¿Parecía ambicioso por hacerlo?  
Cuando los pobres gemían, César lloraba;  
más duro sería el metal de la ambición.  
Pero Bruto dice que César fue ambicioso,  
y Bruto es un hombre de honor.
- 100 Todos visteis que en las Lupercales  
tres veces le ofrecí una corona y que él  
la rehusó las tres veces. ¿Era esta su ambición?  
Pero Bruto dice que César fue ambicioso,
- 105 y, claro, Bruto es un hombre de honor.  
No pretendo rebatir lo que ha dicho Bruto,  
pero sí estoy aquí para decir lo que sé.

Antes todos le queríais, no sin motivo.  
 ¿Qué motivo impide ahora vuestro llanto?  
 110 ¡Ah, cordura! Te has refugiado en las bestias  
 y los hombres han perdido la razón. Perdonad.  
 Mi corazón está en el féretro con César,  
 y debo detenerme hasta que vuelva a mí.

Al oír los argumentos de Antonio, los ciudadanos empiezan a dudar de que César haya sido realmente ambicioso y a pensar que la muerte del líder tal vez no haya sido realmente necesaria. Es el momento que Antonio elige para mostrar el testamento de César. Pero anuncia que no lo leerá, porque allí está la prueba del amor del difunto por Roma y por los romanos. Antonio afirma que si el pueblo se enterara del contenido del testamento, "ardería de rabia" y agrega que su intención es, por otra parte, evitar que "los hombres de honor /que han acuchillado a César" se ofendan. El pueblo empieza entonces a llamar "traidores" a los conspiradores y Antonio los interrumpe para dar detalles concretos sobre el magnicidio:

ANTONIO  
 Si sabéis llorar, hacedlo ahora.  
 175 Todos conocéis este manto. Recuerdo  
 la primera vez que César lo llevó.  
 Fue una noche de verano, en su tienda,  
 el día en que venció a la tribu nervia.  
 ¡Mirad! Por aquí se hundió el puñal de Casio;  
 180 ved el desgarrón del rencoroso Casca;  
 aquí le apuñaló su muy amado Bruto,  
 y, cuando le arrancó su acero miserable,  
 ved cómo le siguió la sangre de César,  
 como corriendo hacia la puerta para ver  
 185 si era Bruto quien llamaba tan cruelmente.  
 Pues Bruto era, ya sabéis, su predilecto.  
 ¡Juzgad, oh dioses, si no le quiso César!  
 Esta fue la herida más atroz,  
 pues cuando el noble César vio que le atacaba,  
 190 la ingratitud, más fuerte que los brazos  
 traicioneros, le remató. Entonces estalló  
 su inmenso corazón y, embozado en su manto,  
 al pie de la estatua de Pompeyo  
 (que chorreaba sangre), el gran César cayó.  
 195 ¡Ay, qué caída, compatriotas!  
 Allí yo, y vosotros, y todos caímos,  
 mientras la vil traición crecía frente a todos.  
 Ahora lloráis, y veo que os ha hecho  
 mella la piedad; son lágrimas que os honran.  
 200 Nobles almas, ¿por qué estáis llorando de ver  
 el manto rasgado de César? ¡Mirad, aquí está él!  
 ¡Desgarrado, como veis, por traidores!

Lo que Bruto anunció como un acto patriótico se perciba ahora como una traición. El pueblo romano comienza a manifestar sus deseos de sublevarse y castigar a los asesinos. El tercer parlamento largo de Antonio cierra su argumentación:

ANTONIO  
 215 Amigos, queridos amigos: que no os mueva yo  
 a tan súbita explosión de rebeldía.

Los autores de este hecho son hombres de honor.  
 Qué agravios personales los llevaron a esto,  
 yo no sé. Ellos son juiciosos, son hombres de honor,  
 220 y seguro que os darán buenas razones.  
 Amigos, yo no vengo a ganarme vuestro ánimo.  
 No soy orador como Bruto,  
 sino, como sabéis, un hombre claro y franco  
 que quiere a su amigo. Lo saben muy bien  
 225 los que me dieron permiso para hablar de él aquí.  
 Pues no tengo ingenio, prestancia, ni soltura,  
 ni gestos, ni dicción, ni el don de la palabra  
 para excitar las pasiones. Yo hablo sin floreos;  
 os digo lo que sabéis; os muestro las heridas  
 230 de César (pobres, pobres bocas mudas)  
 y les pido que hablen por mí. Mas fuera yo Bruto,  
 y Bruto, Antonio, ese Antonio  
 inflammaría vuestra cólera y pondría  
 una lengua en cada herida que moviera  
 235 a las piedras de Roma al tumulto y al motín.

---

**Comentario de tres fragmentos de la escena II del acto III  
 de *Julio César* de William Shakespeare.**

Al dirigirse al pueblo romano, Antonio comienza por anunciar que su intención es enterrar a César, no elogiarlo y declarar que no va a oponerse a la ley general según la cual cuando se evoca a una persona muerta, se olvida lo bueno y se recuerda lo malo. Tratándose de César, lo malo es la ambición. Eso es lo que, desde el punto de vista de los conspiradores, justifica la decisión de acabar con César. Antonio no tarda en evocar la ambición de la que ha hablado Bruto. Esa es su manera de empezar a recordar lo malo. Pero Antonio evoca lo malo a través de un discurso indirecto y esto no es casual. El orador se limita a citar lo que ha dicho Bruto ("que César fue ambicioso"). Citar a Bruto no significa compartir esa visión de César. El discurso indirecto con verbo introductorio ("os ha dicho" y, más adelante, "dice") deja bien claro que hay dos voces y, muy probablemente, dos puntos de vista diferentes.

Antonio se mantiene al margen de su propio discurso cuando elige citar la versión de Bruto en lugar de decir qué es lo que él piensa de César. La insistencia obsesiva en lo que Bruto ha dicho sobre César confirma sus reservas respecto del punto de vista de los conspiradores. Pero la estrategia de Antonio es más compleja y más hábil. Esto se percibe cuando el orador comienza a trasgredir su compromiso inicial de insistir solo en lo malo en su evocación del difunto. Antonio enumera las virtudes de César: dice primero que para él siempre fue "un amigo fiel y leal" (verso 91) y luego recuerda que sus hazañas militares enriquecieron a Roma (ya que los rescates de los prisioneros capturados por él llenaron las arcas del estado). A esto agrega Antonio que César siempre se mostró solidario con el sufrimiento de los pobres y que fue sobre todo un hombre que no tenía la intención de seguir acumulando poder. Antonio evoca las tres veces en que César rechazó públicamente una corona. De este modo desmiente a quienes acusaron a César de querer convertirse en rey.

Desde el punto de vista discursivo, es interesante observar que en cuanto Antonio empieza a evocar las virtudes de César, se ve obligado a introducir cada referencia a la ambición del difunto con una conjunción adversativa ("pero", versos 92, 99, 104). Cada cita de la opinión de Bruto sobre la ambición de César aparece además seguida de una referencia al honor de Bruto, referencia que, contrariamente a la

precedente, no es una cita introducida en un discurso indirecto sino una opinión aparentemente compartida por Antonio y su auditorio.

La primera vez que Antonio presenta la oposición entre Bruto ("honorable", "hombre de honor", versos 83, 88) y César ("ambicioso", verso 84), el planteo puede parecer natural: Bruto forma parte de la élite dirigente y se supone que esta élite es virtuosa. Que Antonio subraye el honor de Bruto y el de sus compañeros no llama particularmente la atención en este contexto. Sin embargo, la inmediata y obstinada repetición de esta referencia al honor del conspirador y su contraposición con las afirmaciones sobre la ambición de César introducen otro mensaje. El camino elegido para hacerlo es el de lo implícito.

Observamos, en efecto, que Antonio repite cuatro veces la afirmación de Bruto sobre la ambición de César en su primer parlamento y que insiste la misma cantidad de veces en el honor de Bruto. Al comienzo puede parecer que Antonio comparte con su auditorio esta visión de Bruto, pero la repetición hace que las creencias y las certezas se desdibujen. Porque, contrariamente a lo que podría pensarse, la insistencia en la oposición ambicioso / honorable no refuerza la idea de que existe por un lado un vicioso (César) y por otro lado un virtuoso (Bruto), sino todo lo contrario. Al insistir de forma excesiva en esta oposición, Antonio está violando ostensiblemente una de las máximas conversacionales distinguidas por Grice como característica de los intercambios verbales: la máxima de cantidad.

La máxima de cantidad establece que en cada etapa de un intercambio verbal no se debe dar ni más ni menos información de la que es necesaria. Si Antonio cita una vez a Bruto para evocar la ambición de César y completa su enunciado recordando que Bruto es un hombre de honor, es natural entender que lo que está diciendo es simplemente eso: que Bruto, hombre de honor, dice que César fue ambicioso. Pero Antonio repite cuatro veces no solo la misma idea sino incluso las mismas palabras. La repetición de un mensaje cuya comprensión no plantea ningún problema activa en el enunciatario (en este caso el auditorio de Antonio y al mismo tiempo el público de la obra *Julio César*) un proceso inferencial que permite encontrar otro/s sentido/s. Nace así lo que Grice llama una "implicatura". El mensaje implícito de Antonio es que él no piensa que César haya sido ambicioso y que, en consecuencia, tampoco piensa que Bruto sea realmente un hombre de honor. Porque cuando Bruto afirma que César era ambicioso, está mintiendo. Y una persona que miente no puede considerarse una persona honorable.

El final de su primer parlamento, Antonio constata con amargura la impasibilidad del pueblo romano ante la muerte de quien ha consagrado su vida a la patria y lamenta que los hombres hayan perdido la razón. De esta manera Antonio expresa lo que siente sin pasar por una acusación directa. Eso le permite decir, al final de ese parlamento, que él no pretende "rebatir lo que ha dicho Bruto" (verso 106). El paso por lo implícito es una forma oblicua de comenzar a pedirle a su auditorio que reaccione. La incitación, por el momento implícita, se disimula en una reflexión general sobre la locura y la cordura, reflexión que Antonio justifica haciendo referencia a su dolor por la pérdida de su amigo (versos 110-113), como respondiendo anticipadamente a quien pudiera objetarle su desvío respecto de su pacto con los conspiradores. Recordemos que en la primera escena del acto III Bruto y Casio le han dicho:

No nos acuses en la oración fúnebre.  
Habla de César todo lo bien que sepas  
y di que lo haces con nuestro permiso.  
Si no, no intervendrás en las exequias.  
(acto III, escena I, versos 270-274)

No se trata entonces, por el momento, de acusar directamente a nadie. El recurso a lo implícito y la introducción de una reflexión general sobre la locura y la cordura humanas por parte de quien está profundamente alterado por la muerte de un ser querido hacen que lo que Antonio realmente piensa comience a revelarse de manera progresiva.

Poco después de este primer parlamento Antonio muestra el testamento de César y afirma que si el pueblo se enterara de su contenido, todos "ardería[n] de rabia". Justifica también su silencio diciendo que quiere evitar que "los hombres de honor /que han acuchillado a César" se ofendan. La atribución de honor a los conspiradores asesinos resulta aquí claramente irónica. El pueblo comienza ya a llamar traidores a los responsables del magnicidio y Antonio vuelve a tomar la palabra. En este segundo parlamento largo (verso 215 y siguientes), Antonio echa mano al registro patético mientras señala sobre el cadáver el lugar donde entró cada una de las puñaladas de los conspiradores. La evocación de la sangre de César fluyendo hacia la puerta después del ataque "atroz" de Bruto (verso 188) y la insistencia en que fue la ingratitud de su protegido lo que hizo estallar el corazón de César abren las puertas a la expresión directa de lo que Antonio realmente piensa. El orador quiere arrastrar a su auditorio cuando pasa de la caída material de César a la caída espiritual de los romanos. Antonio dice:

Allí yo, y vosotros, y todos caímos,  
mientras la vil traición crecía frente a todos. (versos 196-197)

A partir de aquí la referencia a la "vil traición" y la caracterización de los conspiradores como "traicioneros" o "traidores" se multiplican en el discurso de Antonio, marcando un viraje en su estrategia argumentativa. El orador abandona el recurso a lo implícito y comienza a llamar a las cosas por su nombre.

En el cierre de su discurso, la afirmación de Antonio de que él no pretende mover a la "súbita expresión de rebeldía" de su pueblo (versos 215-216) es claramente irónica y su posterior insistencia en el honor de los conspiradores y en la posibilidad de justificar sus actos es totalmente incongruente:

Los autores de este hecho son hombres de honor.  
Qué agravios personales los llevaron a esto,  
yo no sé. Ellos son juiciosos, son hombres de honor,  
y seguro que os darán buenas razones. (versos 217-220)

Antonio se presenta como un hombre simple y franco, como un ser incapaz de hacer discursos, contradiciendo lo que sus actos acaban de mostrar. Antonio imagina que si Bruto estuviera en su lugar, incitaría a un motín en rebelión por lo ocurrido. De este modo Antonio alcanza la cima de su pericia argumentativa, ya que utiliza los dotes del adversario para sus propios objetivos:

... Mas fuera yo Bruto,  
y Bruto, Antonio, ese Antonio  
inflamaría vuestra cólera y pondría  
una lengua en cada herida que moviera  
a las piedras de Roma al tumulto y al motín. (versos 231-235)

Son las heridas del cuerpo de César las que, gracias a los dotes oratorios de un Bruto imaginado por Antonio, incitan al tumulto y al motín. El pueblo llega entonces a la

conclusión de que los asesinos de César deben ser condenados, que es justamente lo que Antonio quiere demostrar.

Estos fragmentos de la obra de Shakespeare muestran bien la dimensión *perlocutiva* del discurso de Antonio (*perlocutiva* en el sentido de la teoría de los actos de habla de Austin y Searle). Con las palabras no solo se describe, se constata, se interroga o se narra, sino que se hacen cosas diversas, por ejemplo, convencer. Al convencer a quienes lo escuchan, el discurso de César tiene efectos muy concretos. Para evitar una transgresión violenta a su pacto con los conspiradores (que le han dado permiso para hablar pero a condición de que se abstenga de acusarlos), Antonio toma primero el camino de lo implícito. La transgresión de una de las máximas que desde el punto de vista de Grice rigen los intercambios conversacionales permite que el auditorio llegue progresivamente a lo que Antonio quiere demostrar. La estrategia se complementa con la evocación de las virtudes de César, con el recurso a lo patético como modo de apelar a las emociones del auditorio y, finalmente, con la declaración directa de lo que Antonio realmente piensa.